

**EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO Y SU BÚSQUEDA
EXISTENCIAL EN MIGUEL DE UNAMUNO**

HERNÁN MAURICIO CALLEJAS URIBE

Trabajo para optar al título de profesional en Filosofía

**Asesor
Julián Andrés Torres Sánchez
Magister en educación**

**FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2015**

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo fue realizado con la supervisión académica de los maestros Julián Andrés Torres Sánchez y Marcela Cadavid, a quienes expreso mi más profunda gratitud, por su apoyo, sugerencias y dedicación. Sin duda alguna, además de ser mis maestros, son unos seres humanos maravillosos de los que se debe aprender mucho.

A Dios, por brindarme la oportunidad de vivir, por permitirme disfrutar cada momento de la vida. A mi madre, por darme su apoyo incondicional y su ejemplo de lucha constante. A mi gran amor Yenny Mabel, por compartir su vida y amor conmigo, por el ánimo que me brinda para alcanzar nuevas metas.

Mi más sincero agradecimiento a todos los profesores de la universidad, por haber contribuido académica y humanamente a mi formación.

DEDICATORIA

A MI MADRE BLANCA RUTH

Al ejemplo más grande de vida que tengo. Por haberme apoyado en todo momento, por sus consejos, sus valores, por la motivación constante que me han permitido ser una persona de bien, pero más que nada, por su amor.

A MI GRAN AMOR YENNY MABEL

Compañera incondicional que me apoyó y alentó, para continuar a cada instante. Por llegar a mi vida y llenarla de dicha y felicidad, por acompañarme en el camino de la vida brindándome su amor.

CONTENIDO

Resumen	5
Introducción	6
Capítulo I: <i>El hombre de carne y hueso</i>	9
Capítulo II: <i>El sentimiento trágico en Unamuno</i>	27
Capítulo III: <i>Las preocupaciones existenciales del hombre de carne y hueso</i>	44
Conclusiones	58
Referencias	61

RESUMEN

El presente trabajo investigativo acerca del sentimiento trágico de la vida, reflexiona sobre el problema existencial; en el que está sumergido el “hombre de carne y hueso”; para esto se apoya en el pensamiento de Miguel de Unamuno, en su obra “*del Sentimiento trágico de la vida, en los hombres y en los pueblos*” (1913). Toma como punto de partida al hombre “de carne y hueso;” analizando las preocupaciones existenciales que acontecen en su vida, y las cuales lo llevan a encontrar su propia identidad a partir del pensamiento unamuniano.

PALABRAS CLAVES:

Hombre de carne y hueso, sentimiento, existencia, inmortalidad, preocupación, vida.

INTRODUCCIÓN

Toda reflexión está basada a partir de una circunstancia concreta, que motiva adentrarnos y realizar una comprensión sobre nuestra vida, que dé respuesta a lo reflexionado e investigado, en cuanto a su trascendencia conceptual y argumentativa. Además, surge de la necesidad de reconocer en cada acto de la vida al otro. Desde esta perspectiva, surgió la idea motivadora de realizar un acercamiento al problema existencial que acontece al hombre que se encuentra sumergido en inquietudes sobre su existencia y su destino, estas inquietudes se convierten a su vez en preocupaciones que lo llevan a tomar acciones en favor de su vida. Ahora bien, la lectura del pensamiento unamuniano necesariamente se debe hacer en un sentido religioso, pues siempre se encuentra involucrado el Dios garante de la existencia del hombre.

El presente trabajo investigativo, de tipo teórico-hermenéutico, se basó en el pensamiento de Miguel de Unamuno y Jugo (1864-1936) concretamente en su obra principal, *Del sentimiento trágico de la vida, en los hombres y en los pueblos* (1912), en ella, el pensamiento unamuniano refleja la angustia del hombre concreto, por la división entre lo ideal y lo real, entre el corazón y la razón. Esta obra permitió reflexionar adecuadamente sobre el tema a trabajar: *El hombre de carne y hueso y su búsqueda existencial en Miguel de Unamuno* y su desarrollo se propone desde tres capítulos que dan respuesta al objetivo trazado: Establecer una relación entre el hombre de carne y hueso y el sentimiento trágico de la vida, en Miguel de Unamuno; mediante el análisis de su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, para comprender su propuesta existencialista.

En esta medida, en el primer capítulo, *El hombre de carne y hueso*, se encuentra condensada la realidad vital y la función existencial del hombre; en ese

se explica la diferenciación que Unamuno hace del hombre en cuanto esencia e identidad, pues se aleja de los presupuestos tradicionales que del hombre se tenían, los cuales lo entienden desde lo general y abstracto; Unamuno rescata la esencia del hombre y propone un nuevo hombre, el de carne y hueso, aquel que es consciente de su propia existencia, y para entenderlo no lo aparta de la sociedad, sino que lo entiende desde ella misma. Se vale de presupuestos modernos tales como los de René Descartes, con su propuesta del *Cogito ergo sum* y Baruc Spinoza, desde su propuesta del *Connatus*, en donde discrepa del primero y se apoya en el segundo, para defender su postulado acerca del hombre concreto afirmando que el hombre no es una cosa que piensa, sino un ser con identidad que se esfuerza por permanecer en su esencia.

En el segundo capítulo, *el sentimiento trágico en Unamuno, el ansia de inmortalidad*, se reflexiona sobre la lucha constante en la que se debate el hombre concreto, entre la razón y la vida. Estas dos realidades existenciales del hombre de carne y hueso lo angustian por la incertidumbre en la que lo deja esta lucha, disputa que genera el sentimiento trágico en el hombre concreto, de no saber qué va a pasar con su vida. Este hombre aguarda un deseo de permanecer y vivir siempre, un ansia de plenitud y para esto busca un consuelo que le garantice la inmortalidad que anhela. Ahí es cuando aparece la realidad de Dios; el cual, según Unamuno, es el único que puede otorgarle y garantizarle al hombre la certeza de su permanencia en el mundo.

Y en el capítulo concluyente, *las preocupaciones existenciales del hombre de carne y hueso*, se reflexiona sobre el conflicto existencial que sufre el hombre concreto, por encontrar respuestas a sus inquietudes frente a su propio destino. El hombre de hoy y el de siempre desea ser identificado como lo que es, un hombre que existe, siente y piensa y que a la vez crea, pues se encuentra amenazado por su cosificación e instrumentalización dentro de la sociedad. Este hombre de carne

y hueso anhela ser siempre, ser inmortal y en esa búsqueda de plenitud paradójicamente vive reflexionando sobre su propia muerte. Y durante este lapso de su existencia desea encontrar un sentido a su vida que justifique su presencia en el mundo.

En estos tres temas existenciales se encuentra contextualizado el presente trabajo investigativo, que da luces a la inquietud del hombre por darle sentido a su vida. Introduzcámonos pues en esta nueva aventura existencial que en Unamuno se manifiesta en el esfuerzo que hace por reivindicar al hombre, planteando el problema de su existencia individual.

Capítulo I

EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO

El Hombre de carne y hueso, publicado por Miguel de Unamuno en 1912, fue un texto influyente en la configuración del pensamiento de la España del siglo XX que pasaba por grandes conflictos de orden político, social, religioso y cultural.

Unamuno es considerado por muchos el filósofo de lengua hispana más influyente del siglo XX; nació en Bilbao (España), en el año de 1864 y desde muy joven demostró interés por la vida académica; llegó a ser rector de la prestigiosa universidad de Salamanca en dos ocasiones; debido a algunas disputas políticas Unamuno tuvo que exiliarse por algún tiempo en Francia, pero eventualmente regresó a España y a su regreso apoyó la insurgencia comandada por el general Franco, a inicios de la guerra civil española, en la dictadura de Primo de Rivera; pero muy pronto se retractó de este apoyo y en una famosa conferencia reprochó el comportamiento de los soldados españoles; desde allí se hace célebre su conocida frase “Venceréis pero no convenceréis”; la cual tiene un trasfondo político y filosófico, a propósito de la realidad que vivía España, frente al ideal de salvaguardar su España.

Es muy importante conocer la historia de Unamuno, pues en la mayoría de sus obras se ve impreso él mismo, especialmente en *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, (1913), siempre está su presencia autobiográfica, ya sea en sus personajes o en su manera de escribir. Pues el pensador vasco es consciente de que el hombre concreto surge de la sociedad, tal cuando afirma: “pero el hombre ni vive solo ni es

individuo aislado, sino que es miembro de sociedad, encerrando no poca verdad aquel dicho de que el individuo, como el átomo, es una abstracción” (Unamuno, 1999, p. 48). Unamuno vive un nacionalismo impresionante, que lo lleva a preocuparse por la situación que vive España, y estos acontecimientos históricos¹ son los que lo llevan a concretizar el hombre de carne y hueso; según el español, hay que tener en cuenta las circunstancias en las que nace el individuo, el lugar y el momento, en el que es y existe.

Unamuno estuvo influenciado por el Krausismo², que tuvo mucha influencia en España; debido a los principios éticos-religiosos que contenía, esta corriente filosófica motivaba la relación entre la ciencia, la fe católica, el idealismo y la religión, siempre con el fin de salvaguardar la individualidad del hombre, pues era su principal objetivo.

¹ La sociedad española de finales del siglo XIX y comienzos del XX estaba pasando una grave crisis. A finales del XIX, durante la Restauración, España vivía inmersa en una profunda depresión económica y social. El caciquismo viciaba toda la vida democrática. El país estaba regido por una administración ineficaz y corrupta. El Parlamento no representaba a la ciudadanía. Un desánimo general invadía a una nación que antaño había sido un gran imperio “en el que no se ponía el sol”. La pérdida de las últimas colonias de ultramar (Cuba, Filipinas, Puerto Rico) en 1898 fue un hecho histórico gravemente traumático para los españoles de fin de siglo. El país ofrecía un perfil de absoluto inmovilismo propio de una sociedad agraria atrasada, reacia a cualquier innovación. Esta situación de depresión propició el surgimiento de un pequeño grupo de la clase media que intentó presentar alternativas al estancamiento político y cultural del país proponiendo una “regeneración” nacional a nivel económico, político y social. Ante la desmoralización colectiva los “regeneracionistas” intentan levantar una sociedad en ruinas. Fernández López, Justo. (1999). La generación de 1898. Hispanoteca.

Recuperado de:

<http://hispanoteca.eu/Literatura%20espa%C3%B1ola/Generaci%C3%B3n%20del%2098/La%20generaci%C3%B3n%20de%201898.htm>

² Durante la segunda mitad del s. XIX se desarrolló en España el movimiento intelectual conocido con el nombre de krausismo. Krause (1781-1832) construyó un sistema filosófico conocido con el nombre de panenteísmo o racionalismo armónico, según el cual el mundo es un ser finito que se desarrolla en el seno del Dios infinito, siendo Dios el fundamento personal del mundo. El mundo está diversificado en la Naturaleza y el Espíritu, que confluyendo en la Humanidad tienden a una armonía perfecta en el seno de Dios, mediante la racionalización progresiva de las instituciones humanas. Con lo que el krausismo, más que en la metafísica, hace hincapié en la ética y el derecho.

Enciclopedia de la cultura española. (1966). Krausismo. Tomo 3, 825-826.

Recuperado de: <http://www.filosofia.org/enc/ece/e30825.htm>

La personalidad de Unamuno contiene elementos religiosos e individualistas. De este modo, Miguel de Unamuno construye toda su reflexión filosófica del hombre de carne y hueso, encontrándose en medio del racionalismo e irracionalismo, una paradoja que lo acompañará por el resto de su vida, que en cierta medida surgía a partir de la lectura que realizó de Spinoza en su obra *Ética demostrada según el orden geométrico* y René Descartes, *El Discurso del Método*. Obras que permitieron al filósofo vasco clarificar la idea del hombre de carne y hueso; con la primera se identifica, (en su tercera parte), para descubrir la esencia del hombre, lo que lo hace ser él mismo; y con la segunda, hace un distanciamiento, puesto que consideró que no da respuesta de lo esencial y de lo que identifica su objeto de estudio, el mismo hombre.

Ahora bien, para reflexionar a partir de lo anterior, sobre el hombre de carne y hueso, se deben considerar cuatro elementos fundamentales, para trabajar desde una perspectiva existencialista unamuniana, tales son:

- El hombre es ser en su esencia.
- El hombre es un ser de consciencia.
- El hombre es un ser concreto.
- El hombre es un ser en unidad y continuidad.

Elementos que, según Unamuno, conforman la realidad existencial e individual del hombre; teniendo en cuenta que se aparta de toda sistematización abstracta que la filosofía tradicional ha hecho del hombre en general. La gran cuestión de Unamuno es individualizar al hombre, por eso lo llama “de carne y hueso” pues parte de su esencia, del esfuerzo para perseverar en él mismo; pues, “querer ser otro, es querer dejar ser uno, el que es” (Unamuno, 1999, p. 84).

En este sentido, hay un deseo en Unamuno, cuando plantea la idea del hombre de carne y hueso; y es la de restituir al mismo hombre su identidad, afirmarlo en su esencia, aquello que lo hace un ser único en continuidad; exaltando la individualidad del hombre en diferencia a la humanidad en general.

Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere-, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano (Unamuno, 1999, p. 79).

Es así, que para Unamuno permanece exclusivamente el elemento acerca del hombre, el hombre concreto de carne y hueso, que siente, vive y muere. De esta forma, intenta recobrar, para la antropología filosófica, la existencia real que se encuadra desde un punto de vista subjetivo que admite el acceso al hombre concreto y no a su noción especulativa. “Se trata, por lo tanto, de un hombre que no es idea sino que es consciente de su fragilidad al verse situado entre su principio y su ocaso” (París, 1968; p. 176).

Es por eso que, Unamuno siempre se interesó por la realidad del hombre como individuo, y por eso establece la diferencia entre el hombre abstracto y el hombre de carne y hueso, reflexionando acerca de los acontecimientos del último, sus angustias; de este modo hace una antropología concreta del hombre de carne y hueso, rechazando pensamientos teóricos y abstractos que definan al hombre, y distanciándose, por ejemplo, del cartesianismo que prescindió de la esencia del hombre como hombre existente y lo asumió como mera cosa, sino que al pensador vasco le importa aquel hombre que es consciente de su existencia.

Un hombre que no es de aquí o de allí ni de esta época o de la otra, que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre. El nuestro es otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pensamos sobre la Tierra. Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía (Unamuno, 1999, p. 25).

De tal modo, aparece en la propuesta de Miguel de Unamuno, una encrucijada por resolver la esencia del hombre de carne y hueso; y para encaminarse a encontrar un posible acercamiento, acoge el postulado, de Baruc Spinoza, en su obra *Ética* (1987), en donde afirma que la cosa en cuanto ser, persevera en permanecer en sí.

Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser, y ninguna cosa tiene en sí algo en cuya virtud pueda ser destruida, o sea, nada que le prive de su existencia, sino que, por el contrario, se opone a todo aquello que pueda privarle de su existencia y, de esta suerte, se esfuerza cuanto puede y está a su alcance por perseverar en su ser (Peña, 1987. pág. 204).

Esta proposición espinosiana hace eco en Unamuno, y va a ser clave para exponer su propuesta de “carne y hueso”; pues, según Unamuno, el hombre es una completa unidad, el cual se esfuerza por identificarse como algo concreto, haciendo una diferenciación compleja de su misma humanidad, teniendo como punto de partida su mismo ser, su esencia que lo hace ser real y concreto. En este sentido se ve a Unamuno más cerca del *connatus* de Spinoza, que se identifica con el esfuerzo (*connatus*), que hace cada hombre por ser en sí mismo. Y con el cogito cartesiano se distancia, pues para el filósofo español, lo que Descartes hace es cosificar al hombre concreto sin dar respuesta sobre la esencia del hombre de carne y hueso, pues para Unamuno, Descartes solo se interesa por responder a la capacidad de razonamiento que hay en el hombre; a saberse un ser pensante en la existencia.

Y ya sabemos lo que otro hombre, al hombre Baruc Spinoza, aquel judío portugués que nació y vivió en Holanda a mediados del siglo XVII, escribió de toda cosa. La proposición 6.a de la parte III de su *Ética* dice: *unaquaeque res, quatenus in se est,*

in suo esse perseverare conatur, es decir, cada cosa, en cuanto es en sí, se esfuerza por perseverar en su ser. Cada cosa es cuanto es en sí, es decir, en cuanto sustancia, ya que, según él, sustancia es *id quod in se est et per se concipitur*, lo que es por sí y por sí se concibe. Y en la siguiente proposición, la 7.a, de la misma parte añade: *conatus, quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam*; esto es, el esfuerzo con que cada cosa trata de perseverar en su ser no es sino la esencia actual de la cosa misma (Unamuno, 1999, p. 82).

Ahora bien, nos encontramos, gracias al filósofo español, ante un enfrentamiento argumentativo, lógico y pertinente, a propósito del hombre de carne y hueso, a partir de dos postulados modernos. Y este enfrentamiento es el que va a llevar a Unamuno a concretizar el hombre de carne y hueso, a sentirlo y a vivirlo desde la individualidad, que es su primer propósito.

Unamuno se enfrenta al pensamiento cartesiano, y hace un distanciamiento, afirmando que Descartes no puede explicar la esencia del hombre, aunque argumente que el hombre es un ser pensante, y eso según Unamuno no demuestra ni la esencia ni la existencia del hombre concreto; el hombre es más que un ente de razón, es sentimiento. En este punto de vista y la diferenciación que hace Unamuno entre Spinoza y Descartes, es que la esencia del hombre, no es el pensamiento o el *cogito*, como lo afirmaba Descartes, sino que es el *conatus* que afirma Spinoza, el esfuerzo de cada hombre para permanece en él mismo.

Entramos en un contraste antropológico de la realidad concreta del hombre de carne y hueso, para tal fin es necesario traer a esta reflexión algunas consideraciones que el mismo René Descartes aportó a la historia de la antropología y con las cuales Unamuno no puede estar de acuerdo. Y una de ellas, siendo la más primordial, es la cosificación que Descartes hace del hombre; en su obra *Meditaciones metafísicas*, en su segunda meditación (1997), Descartes se interroga a sí mismo sobre su origen e identidad y

al mismo tiempo asevera que ese hombre, aquel sujeto de la modernidad, es una mera cosa pensante:

¿Qué soy pues? Una cosa que piensa ¿Qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere y, también, imagina y siente. Ciertamente no es poco si todo eso pertenece a mi naturaleza. Mas ¿Por qué ha de pertenecerle? ¿No soy yo el mismo que ahora duda de casi todo y, sin embargo, entiende y concibe ciertas cosas, asegura y afirma que sólo estas son verdaderas, niega todas las demás, quiere y desea conocer otras, o quiere ser engañado y siente también otras muchas por medio de los órganos del cuerpo? (García, 1997, pág. 137)

Descartes se aleja de la verdadera autenticidad del hombre al considerar y conceptualizar la esencia del hombre en un mero hecho racional, determinando que lo verdaderamente valioso es que el hombre es una mera cosa pensante. Este filósofo moderno, según Unamuno, encasilla al hombre de carne y hueso en una concepción abstracta de su realidad, alejándolo de aquello que lo determina como un verdadero sujeto de su propia existencia, su conciencia, pues si es consciente pasa a ser un verdadero sujeto y no un objeto de su propio pensamiento. Y según Unamuno, este nefasto error de considerar al hombre como una mera cosa que piensa, estuvo presente en la mayor parte del modernismo.

Y todos los definidores del objetivismo no se fijan, o, mejor dicho, no quieren fijarse que al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y real, afirma el verdadero humanismo, que no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre y al afirmar el hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre (Unamuno, 1999, pág. 87).

Es preciso exponer un paralelo entre la concepción del hombre de carne y hueso de Unamuno las ideas antropológicas que Descartes y Spinoza exponían acerca de esta concepción. Es de recalcar la distancia que Miguel de Unamuno toma a propósito de estos postulados, pues el filósofo español ve en el hombre una concreción y unidad, que lo hace diferente a la humanidad en general. El

hombre de carne y hueso de Unamuno, el hombre concreto que es cada cual, y que no está sólo identificado porque piensa como el sujeto de Descartes, sino por su sentimiento, su motor que lo hace dinámico frente a la circunstancias de la misma vida.

El alma sufre la influencia de las pasiones, que son involuntarias y causadas por el cuerpo, y que pueden impedir que el hombre actúe racion. El progresivo dominio de la razón permite que el hombre llegue a ser dueño de su voluntad y haga uso de la libertad, que no consiste en elegir arbitrariamente entre varias acciones posibles (libertad de indiferencia), sino en elegir y actuar de acuerdo con la razón. (García, 1989, p. 56)

En Descartes, el hombre como sujeto, se diferencia del resto de los seres vivos porque tiene un alma racional, que al mismo tiempo está vinculada con su mismo cuerpo. Pero pasa algo, el alma y el cuerpo son dos sustancias distintas con realidades distintas. El alma, que es donde está depositada la razón, se caracteriza por su rasocinio, (*res cogitans*) y el cuerpo es una realidad extensa, (*res extensa*) que está sometida a lo mecánico que es el mundo. Este dualismo cartesiano es el que Unamuno critica; pues, según él, el hombre está constituido de una sola realidad: de la conciencia, y esta abarca cuerpo y alma, ya que es unidad.

Cogito ergo sum, significa precisamente esto: pienso, luego existo, y será el pilar a partir del cual comenzará la reconstrucción del conocimiento. (García, 1989, p. 32)

Lo que lleva a Descartes a concluir su famosa afirmación: “Pienso, luego existo” (*cogito ergo sum*). Mi existencia como sujeto pensante es la verdadera realidad del sujeto y la certeza de saberse un sujeto pensante, pues percibe por medio del pensamiento, no del sentimiento como sí lo es en Unamuno. Descartes, inicia desde su propia interioridad, de la capacidad de pensar que descubre en sí mismo, y a partir de este pensar llega la existencia, considerándolo como un pensamiento

que existe; y esto para Unamuno no es suficiente al momento de explicar la realidad del hombre de carne y hueso, pues antes de ser un ser pensante, el hombre es un ser consciente de su propia realidad.

Ahora bien, desde la perspectiva de una concepción del hombre concreto, Unamuno afirma que el error de Descartes, para dar respuesta a lo que es la esencia del hombre, fue que comenzó desde un principio prescindiendo de ese mismo hombre, de René Descartes, para ser un objeto de su pensar, un ente de razón; y como ya lo hemos visto el hombre de carne y hueso, en Unamuno es más que eso; es un individuo concreto: “Quiso empezar prescindiendo de sí mismo, del Descartes, del hombre de carne y hueso que no quiere morir para ser un mero pensador (Unamuno, 1999, p. 69). Unamuno afirma que Descartes olvidó la verdadera esencia del hombre y trasladó su realidad a una mera cosificación, en tanto que:

Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser. Demostración: En efecto todas las cosas singulares son modos, por los cuales los atributos de Dios se expresan de cierta y determinada manera, cosas que expresan de cierta y determinada manera la potencia de Dios, por la cual Dios es obra, y ninguna cosa tiene en sí algo en cuya virtud pueda ser destruida, o sea, nada que le prive de su existencia (por la Proposición 4 de esta Parte), sino que, por el contrario, se opone a todo aquello que pueda privarle de su existencia (por la Proposición anterior), y, de esta suerte, se esfuerza cuanto puede y está a su alcance por perseverar en su ser (Peña, 1987, pág. 203).

Spinoza hecha mano, al *connatus*, al intento de querer ser, o mejor al esfuerzo que hace el hombre de perseverar en su mismo ser, buscando siempre su identidad, a partir del deseo de mantenerse y conservarse como un ser integro que experimenta al mismo tiempo diferentes pasiones, que lo impulsan a buscar su propia naturaleza.

Este *connatus* es el esfuerzo por buscar la propia identidad del hombre, de carne y hueso, que en Unamuno va ser la conciencia individual, y esta doctrina spinoziana es la que va a llevar al hombre a un anhelo de inmortalidad y a preocuparse por las causas finales de su existencia.

Es así, que desde un punto de vista irracional, Unamuno hace una aproximación a la realidad del hombre concreto, a partir del sentimiento, la fe, y la voluntad. En este sentido, se debe destacar, según Carlos París (1989):

La contraposición que hace el Español a la abundancia del racionalismo y científicismo que reinaba en Europa, haciendo una defensa del hombre concreto, con toda su realidad; aparte de lo racional, dándole preferencia al sentimiento y la afectividad, haciendo de esto un alejamiento de la razón, que limita entender la vida para responder a los problemas del hombre. (París, 1989, p. 87).

Para comprender el hombre concreto, Unamuno inicia por lo que le es más familiar: él mismo, y se apoya en aquellos hombres que le rodean sirviéndose de los mismos pensadores que investiga para hacer una distinción del hombre real y concreto. En consecuencia, el filósofo español sitúa su búsqueda antropológica en el hombre concebido como ser existente e individual; según Unamuno, el hombre desde su realidad concreta es quien asume el acontecimiento de la muerte y de su destino, por tal motivo el deseo de inmortalidad de cada hombre, es el origen del sentimiento, punto de partida de su reflexión.

Por otra parte, Unamuno no desconoce la parte social del individuo, ya que estuvo comprometido en los conflictos de España, cuando la guerra civil, en busca de una mejor tierra.

Y si el individuo se mantiene es por el instinto de perpetuación de aquel. Y de este instinto, de la sociedad, brota la razón. Pues, la razón lo que llamamos tal, el conocimiento reflejo y reflexivo, el que distingue al hombre, es un producto social (Unamuno, 1999, p. 48).

Esto llevó a Unamuno a preocuparse por su existencia a partir de los acontecimientos que su amada España padecía; a entenderse como un hombre concreto en la sociedad; y estas preocupaciones fueron las que lo llevaron a reflexionar sobre su propia existencia. Así pues, todo el pensamiento del filósofo español es una biografía de su propia vida, identificándola en un lugar concreto, con una historia concreta, y con una patria concreta: su España.

En este sentido, Unamuno tiende a resaltar las dimensiones afectivas e irracionales; los sentimientos, los deseos, los esfuerzos de la persona; y en esto consiste la tragedia del ser humano, quien se sabe que existe y es consciente de ello, y en el mismo acto de existir se percata por un lado, de su fragilidad y de su limitación, de que no es nada, de que puede morir (Marías, 1942, p. 217).

Para Unamuno, la razón, como cualquier otra facultad, se encuentra al servicio de la vida y de esta forma cada ser humano se esfuerza por conocer aquello que necesita, aquello que le preocupa, y en consecuencia resulta que los deseos, los sentimientos y la voluntad van por delante del conocimiento; en este sentido Unamuno defiende que nada se conoce si antes no se quiere.

La razón aparece como algo superficial, frente a lo entrañable; por lo tanto irreal, ya que en la intuición unamuniana, interioridad y realidad se comunican. Unamuno la presenta como algo fenoménico. Y, en su proceder, es meramente relacional y formal (París, 1989, p. 239).

En consecuencia la razón, aquella que posibilita al hombre darse cuenta de que puede abstraer realidades, vendrá después del sentimiento, aquel que surge a partir de lo vital; es decir, la representación del mundo es resultado de una necesidad vital de carácter previo; y se fundamenta en el hambre de inmortalidad, en el deseo de sobrevivencia de cada ser humano, y este principio constituye al mismo tiempo el punto de arranque y el problema principal de la filosofía unamuniana.

En este sentido, la vida es lucha, y hay que vivir luchando por no morir; en su obra *Del sentimiento trágico de la vida, en los hombres y en los pueblos* (1912), Unamuno deja claro cuál es el objeto de la filosofía y por tanto del filósofo, buscando una concepción de la vida basado en el sentimiento que embarca lo más profundo del ser humano, encontrado una respuesta a su destino. ¿Qué va a pasar con el ser humano? ¿Qué va a pasar después de la muerte? Estos interrogantes son la verdadera filosofía, quien tiene que ver con el hombre de carne y hueso, no con la masa amorfa que va a decir Aristóteles, como el ζῷον πολιτικόν, o el contratante social de Rousseau; este no es el hombre verdadero, según Unamuno; el hombre verdadero tiene una personalidad, es aquel que es consciente de sí mismo. “y ser un hombre es ser algo concreto, unitario y sustantivo, es ser cosa, res” (Unamuno, 1999, p. 82)

Por tal motivo, Unamuno entiende al hombre como un ser que está definido como un principio de unidad y de continuidad en el tiempo; es decir, el hombre se encuentra en el mundo, se encuentra en el espacio y se mueve en él, el hombre de carne y hueso es el que se preocupa por el gran enigma de su existencia, es el que se afronta al problema de la incertidumbre que implica el tener que morir. “Lo que determina a un hombre, lo que le hace un hombre, uno y no otro, el

que es y no el que no es, es un principio de unidad y un principio de continuidad” (Unamuno, 1999, p. 83).

Estos dos principios hacen del hombre de carne y hueso un hombre concreto; el principio de unidad, abre en el hombre una consciencia de identidad, de saberse que ocupa un espacio en el tiempo y que es consciente de su existencia y de su realidad de individuo, y constantemente se encuentra encaminado hacia un propósito, de ser consciencia de su existencia. Y el principio de continuidad, está ubicado en el tiempo, pues el hombre, según Unamuno, prolonga su existencia a partir de estados de consciencia que capacita al hombre de carne y hueso a perseverar en la esperanza de hacerse mejor, en términos metafísicos, para dar respuesta a sus incógnitas existenciales.

Y una de estas inquietudes existenciales del hombre concreto, es la existencia de Dios, un Dios que garantice la inmortalidad del hombre, el cual surge de la conciencia individual del hombre concreto:

Y de este Dios surgido así en la conciencia humana a partir del sentimiento de divinidad, se apoderó luego la razón, esto es, la filosofía, y tendió a definirlo, a convertirlo en idea. Porque definir algo es idealizarlo, para lo cual hay que prescindir de su elemento inconmensurable o irracional, de su fondo vital. Y el Dios sentido, la divinidad sentida como persona y conciencia única fuera de nosotros, aunque envolviéndonos y sosteniéndonos, se convirtió en la idea de Dios. (Unamuno, 1999, pág. 128).

En Unamuno, la fe en Dios, surge a partir de un sentimiento vital que lleva al hombre a esperar en esa realidad de divinidad. Hay un exigente impulso trascendente que empuja al hombre creer en Dios, y es confiarle su permanencia en el mundo como ser existente, pues esta es la única realidad que

justificaría la creencia en ese Ser supremo. Se convierte entonces Dios en una proyección de la conciencia del hombre de carne y hueso.

Y es que al Dios vivo, al Dios humano no se llega por el camino de la razón, sino por camino de amor y sufrimiento. La razón nos aparta más bien de El. No es posible conocerle para luego amarle; hay que empezar por amarle, por anhelarle, por tener hambre de Él, antes de conocerle (Unamuno, 1999, pág. 208).

Este Dios esperado, pretendido, amado y ansiado, resultado del sufrimiento, es la proyección perdurable del hombre de carne y hueso, convirtiéndose en el Yo total y trascendente del hombre concreto y en la Consciencia del universo, pasa a ser en el pensamiento unamuniano de un Dios revelado por el cristianismo, para convertirse en el Dios personal, vivo y existente. No un Dios al cual se llega por las pruebas de su existencia, que fueron propuestas por Santo tomas De Aquino, en su *Suma teológica*, (1917). El pensador español, cree es en un Dios funcional al hombre, no en un Dios que surge a partir de demostraciones lógicas.

[...] Con la razón buscaba un Dios racional, que iba desvaneciéndose por ser pura idea, y así paraba en el Dios Nada á que el panteísmo conduce, [...]. Y no sentía al Dios vivo, que habita en nosotros, y que se nos revela por actos de caridad y no por vanos conceptos de soberbia (Unamuno, 1966, 15).

Un Dios que es producto de la razón no vive ni puede garantizarle al hombre su inmortalidad, pues está encasillado en conceptos racionales de su deidad, y por lo tanto es un Dios muerto e inmóvil. El hombre necesita un Dios activo, que esté en constante contacto con el universo y con su existencia.

La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por

perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir (Unamuno, 1999, p. 84)

En este sentido, Unamuno expone que frente a la individualidad del hombre de carne y hueso, este hombre es consciente que existe y puede trascender, no en términos religiosos sino humanos, ya que el deseo de conservar la vida hace del hombre un ser trascendente.

Y todos los definidores del objetivismo no se fijan, o mejor dicho, no quieren fijarse, que al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y real, afirma el verdadero humanismo que no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre, y al afirmar al hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre. (Unamuno, 1999, p. 86)

Para Miguel de Unamuno, cada individuo tiene desde su conciencia un peso fundamental para la realidad pues *el mundo está hecho para cada una de las conciencias individuales*, según el filósofo español. En este sentido, lo abstracto que ve Unamuno, cuando se aparta de las concepciones que del hombre se mantenían es que la humanidad consideró al sujeto, al individuo, como algo general, desconociendo la identidad de cada ser que compone esa humanidad.

Por consiguiente, para Miguel de Unamuno las características principales del hombre de carne y hueso se condensan en el ansia de no morir que liga con los instintos vitales, en el hambre de inmortalidad personal que empareja con el *conatus* en el sentido spinoziano que determina la esencia humana y que, en último término, supone el fundamento de todo conocimiento y el punto de partida para toda antropología (Marías, 1942, p.185).

En otras palabras, Unamuno es reacio ante el concepto de hombre que se había desarrollado a partir del cartesianismo, considerando al hombre como mera cosa

pensante, pues no se acerca a las cuestiones fundamentales del hombre, como su existencia y realidad.

Existir, es como vemos, no sólo hallarse instalado en la existencia, sino sobre-existir, trascender la existencia dada, de cara a la ilimitación del ser, y sufrir esta tensión. [...]. El que existe, el que está fuera de sí, el que se da, el que trasciende. Y justamente a través de este trascender, este enfrentarse con lo que más allá de nuestro ser está, percibir el drama de sus límites. (París, 1989, p. 176).

Por este motivo, la existencia no es cambiante a conceptos abstractos, alejándose de la realidad humana, el individuo. En esta medida, resulta complejo realizar un análisis frío, encasillando al hombre en un mero concepto, alejándolo de su realidad vital como su existencia. Pues cada hombre es ser en continuidad. Es así que:

La razón se siente impotente para responder al sentido de la vida y, por este motivo, desarrolla una razón práctica, frente a la razón analítica, que se ubica en el corazón por ser sede de la sentimentalidad. De esta forma, en un sentido nietzscheano, renuncia a la presunta verdad objetiva aniquiladora de la vida por la única verdad que puede defenderse: la que ampara la vida y establece una relación con la misma (Marías, 1968, p.134).

La perspectiva filosófica unamuniana acerca del hombre se debate frente al racionalismo, en torno a una metafísica que busca sobre el ser sustantivo, diferenciarlo del hombre abstracto de la filosofía tradicional, donándole vida a su esencia y en cuestiones de la libertad, concretizarlo que es esencial para la dotación de sentido a la existencia del hombre de carne y hueso. Este hombre concreto soluciona su forma existencial en la consciencia que, lejanamente de la conceptualización cartesiana, se instituye en torno a la libertad que acaba por llevar al lugar de la moral.

Es en el fondo del hombre de carne y hueso, donde se origina este problema subjetivo que opone el ansia de totalidad o perpetuidad con el instinto total del cuerpo en un campo biológico. Al ser una dificultad íntima que inquieta al hombre se concibe que, en Unamuno, sea el sentimiento la fuerza que se enaltece sobre la razón con aspiración unificadora y con influencia universal. “Es la sentimentalidad la que provoca la identificación del hombre con su familia, con el colectivo y, sobre todo, con su yo o sí mismo contra el que lucha la razón” (Valdez, 1995, p.49).

Para Unamuno, únicamente permanece el hombre concreto de carne y hueso, que siente, vive y muere. De esta forma, Unamuno intenta recobrar para la antropología filosófica, la existencia real que se encuadra desde un punto de vista subjetivo que admite el acceso al hombre concreto y no a su noción especulativa. “Se trata, por lo tanto, de un hombre que no es idea sino que es consciente de su fragilidad al verse situado entre su principio y su ocaso” (París, 1968, p. 176).

Asimismo, se destaca la noción de hombre que Unamuno consigue acercar al hombre concreto que vive muere y siente. Es decir, se dota de consciencia al hombre y así desde su propia existencia, descubrirse como ser único que se va haciendo.

El hombre puede recoger en sí mismo sus más hondas energías, sus fuerzas para ser, y apoyarse en el fundamento último de su persona para hacer frente a cualquier cosa: pero ¿para hacer frente a la nada, o más bien, para no hacer frente a nada? Unamuno ha hecho sentir, tal vez como nadie, la inmanencia de este problema, y en él ha tenido vida y plenitud de significación (Marías, 1942, p. 29).

Finalmente, para concluir este primer capítulo sobre el hombre de carne y hueso, lo que Miguel de Unamuno busca con su antropología es la obtención de un firme punto de partida, de forma conceptual para aproximar al hombre concreto:

el hombre de carne y hueso. Así pues, se trata del hombre cuya existencia se disputa entre el ser y el no ser, el hombre que lucha por su existencia y que se alza hacia el destino de la muerte. Este sujeto de estudio, el hombre, que para Unamuno en última palabra es el objeto de toda filosofía, no puede ser atraído en su aprieto interno por la razón, sino por el sentimiento. De esta forma, despliega un plan filosófico sentimental que lleve a la toma de consciencia de la disputa agonizante que presume el sentimiento trágico de la vida actual en todo hombre concreto y que se soluciona en la tensión entre sentimientos que brotan de la incertidumbre existencial vacilante, aunque motivante para el hombre de carne y hueso. Ya lo veremos en nuestro segundo capítulo.

Capítulo II

EL SENTIMIENTO TRÁGICO EN UNAMUNO, EL ANSIA DE INMORTALIDAD.

El hombre de carne y hueso se encuentra en una función existencial, pues constantemente necesita no solamente comprender e internarse en esa realidad de su existencia, sino también justificarse a sí mismo como realidad concreta, saber qué espera, y frente a todo esto al hombre de carne y hueso le quedan dos posibilidades: consolarse o desesperarse, y estas dos acciones le harán conscientes y le motivaran a emprender una búsqueda inagotable de darle un sentido a su vida, y eso lo llamaremos el ansia de inmortalidad.

En miguel de Unamuno actúa también esta visión de lo infinito. Si no como convicción de su realización, como idea que al modo kantiano imanta la vida humana y le confiere una peculiar riqueza de sentido. Es el hambre de plenitud, la sed de ser. Sed de ser que no se contenta con ninguna mezquina realización (París, 1989, pág. 193).

Frente a la realidad del hambre de plenitud que siempre está presente en el hombre, aparece la angustia inmanente de la muerte, Unamuno afirma que sólo con ella se culmina la existencia, la muerte forja la existencia y la encamina a la acción del existir; pues hace en la conciencia del hombre de carne y hueso un eco de su eminente llegada.

La muerte es la exigencia del existir, es decir, el hombre concreto que es consciente de su existencia, lucha con ella para dotarla de más vida y a su tiempo de plenitud, pues es la conciencia la que le recuerda que se encuentra

en un mero lapso de existir, esto es lo que hace que el hombre se preocupe y se ocupe de su existencia. “Y esta preocupación, no puede ser puramente racional tiene que ser afectiva. No basta pensar, hay que sentir nuestro destino” (Unamuno, 1999, pág. 16).

Unamuno es un hombre lleno de contradicciones, y no es porque sean ilógicas sino porque parten de dos polos opuestos del hombre de carne y hueso, de la razón y lo vital, y de esta dicotomía existencial surge el sentimiento trágico de la vida. El hombre debe luchar contra cualquier realidad de deshumanización, porque ser hombre concreto implica existir y anhelar ser, sin perder su verdadera identidad. Este es el verdadero y preocupante sentimiento trágico, ser uno mismo en medio de un mundo que ofrece millones de posibilidades de despersonalización, a partir de lo económico, técnico y masivo; en palabras del mismo Unamuno, surge una duda existencial del hombre frente a su propia vida. “Esta otra duda, es una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y lo biótico. Porque la ciencia destruye el concepto de personalidad” (Unamuno, 1999, pág. 87).

En esta medida, Unamuno se aleja de la razón para volverse hacia lo sentimental y afectivo del hombre, y así, entender desde lo vital las preocupaciones existenciales, que acongojan o angustian al hombre de carne y hueso. Esta es la trágica realidad del hombre concreto, la lucha entre la razón y la vida, del pensamiento con el sentimiento, en palabras unamunianas: “aquella empeñada en racionalizar a esta, haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la normalidad; y ésta, la vida, empeñada en vitalizar la razón, obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales” (Unamuno, 1999, pág. 92).

Aclarando lo anterior podemos, constatar que Unamuno reconoce las dos realidades del hombre y que no anula ninguna, al contrario admite un conflicto entre las dos y afirma que se vive en este conflicto eternamente, y parte del sentimiento trágico de la vida, para determinar la auténtica existencia; por tanto, el filósofo español, al aceptar una dialéctica lucha entre la razón y la vida, asume un conflicto constante y esto para él es el verdadero sentido de vida.

Ahora bien, de esta lucha constante entre razón y vida, surge también un sentimiento de angustia, situación afectiva en la que se nos presentan límites para ser; esta conduce al hombre a tomar conciencia de sus propios límites y de esta forma lo hace consiente que es un ser para la muerte. Esta realidad, lo acongoja y lo aflige, pero lo impulsa a lo largo de su existencia a realizar sus posibilidades de poder ser un hombre de carne y hueso, con una identidad y un horizonte trazado.

Porque tener conciencia de sí mismo [...] es saber y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción, sólo se llega por el choque, por el dolor... Por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación (Unamuno, 1999, pág. 111).

Por esto, el sentimiento de angustia para Unamuno, ya no es un sentimiento tenebroso, sino clarificador de lo que es en realidad la existencia humana, en el sentido que da razones al hombre para encaminar su vida hacia lo inhóspito de la existencia. Es la angustia la que sensibiliza al hombre hacia el misterio de la muerte y nos hace meditar sobre nuestra existencia a propósito de la muerte, pues para Unamuno, "no podemos concebirnos como no existiendo. (Unamuno, 1999, pág. 27).

Y esto significa para él, que el hombre no puede negarse a vivir el conflicto entre la razón y la existencia, entre el todo y la nada. En esta medida, la angustia se debe entender como el perseverar en el deseo de sobrevivir, el ansia de perduración.

En consecuencia a todo lo visto hasta aquí, se nos abre una nueva dimensión, para comprender la problemática en la que se encuentra la existencia del hombre de carne y hueso. El hombre concreto a partir de su propia subjetividad toma conciencia de su propio ser individual, y en esta actitud se enfrenta a la nada, siendo consciente de la realidad de la muerte a la que se encuentra expuesto.

Por tal motivo, del encuentro del hombre concreto con la nada, surge un resultado que anima al hombre a tomar conciencia de su propia realidad concreta, y a este lo llamaremos sentimiento trágico de la vida. Este sentimiento, hace que el hombre se encuentre consigo mismo y a su vez, con la necesidad de realizarse en la existencia mediante la acción; pero hay algo más fundamental para Unamuno y es que el hombre vive un constante conflicto existencial y ontológico, en donde se hace hincapié en lo más profundo del ser.

Por tal razón, El sentimiento trágico es el fundamento desde el cual se construyen las contradicciones del hombre de carne y hueso, de su angustia y congoja; planteando el problema del fin de nuestra vida, buscando la razón de nuestro destino. Así pues, el hombre de carne y hueso en su existencia mantiene una gran incertidumbre, a partir de quererle dar sentido a su vida; es una permanente lucha y contradicción, frente al deseo angustioso del hombre de no querer morir; como afirma Unamuno:

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da alivio y consuelo de vida y verdadera finalidad a esta. Más he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible. De esta manera se pregunta continuamente frente a la perplejidad del destino inminente tras la tragedia de la muerte, y dicho interrogante nunca acaba ya que intenta persistir inclusive más allá de la muerte física del cuerpo y sobrevivir a ella misma (Unamuno, 1999, pág. 149).

Parafraseando a Unamuno, el hombre se encuentra en el teatro del mundo, situado en la tragicomedia del existir entre la luz del ser y las tinieblas de la nada. Y el hombre se plantea su lugar en el mundo, ya que al ser consciente de estar arrojado por definición al mundo que le envuelve, que le ofrece posibilidades y se las condiciona, se sabe reducido a existencia.

Ya que, mediante el sentimiento trágico de la vida, es como el hombre toma conciencia de su condición temporal, limitada y precaria, ante lo desconocido del más allá y su destino. Partiendo de esta forma de conciencia, el ser humano puede asumir su condición e interrogarse sobre la finalidad de su propia vida e incluso de todo el universo.

Es así, que en distintas ocasiones Unamuno describe el sentimiento trágico de la vida desde una perspectiva de libre elección, o como algo que, a pesar de ser esencial al ser humano, tiene dos posibilidades asumirlo, libremente o desesperarse ante esta realidad que se avecina.

Para Unamuno, nuestra visión de la vida es un sentimiento, no una idea, pues para él, la vida es un sentimiento y aparte de esto es trágica; luego el

sentimiento trágico de la vida, no es humano. Lo que nos hace descubrir las entrañas del misterio de la vida es lo trágico de esta misma; es decir, cada vez que en nuestra vida sucede una tragedia, se abre una realidad sobre el misterio de la existencia.

Por lo tanto, el hombre puede tomar conciencia de su precariedad y de su tragedia íntima y asumirlas plenamente, o bien no prestar atención a dicha conciencia, apareciendo en consecuencia otros dos temas primordiales de la antropología unamuniana, el problema de la autenticidad o la inautenticidad de la vida humana y el tema del hombre como conciencia y a partir de estas dos concepciones surge la idea en que el hombre se encuentra en una lucha constante, como afirma Unamuno:

En el mundo de los vivientes, la lucha por la vida, establece una asociación, y estrechísima, no ya entre los que se unen para combatir a otro, sino entre los que se combaten mutuamente. ¿Y hay, acaso, asociación más íntima que la que se traba entre el animal que se come a otro y este que es por él comido, entre el devorador y el devorado? Y si esto se ve claro en la lucha de los individuos entre sí, más claro se ve en la de los pueblos. La guerra ha sido siempre el más completo factor de progreso, más aún que el comercio. Por la guerra es como aprenden a conocerse y, como consecuencia de ello, a quererse vencedores y vencidos (Unamuno, 1999, pág. 152).

Y la lucha por la existencia, es lucha por la conciencia, y por ello cuando Unamuno examina el problema de la inmortalidad se niegue a pretender una perduración colectiva. Es por esto, que en lo más íntimo del hombre se encuentre ligado a su ser el deseo de persistir en la vida misma; dilatando la conciencia de sí mismo, el ansia de ser él mismo sin un fin.

Y toda trágica batalla del hombre por salvarse, ese inmortal anhelo de inmortalidad que le hizo al hombre Kant dar aquel salto inmortal de que os decía, todo eso no es más que una batalla por la conciencia. Si la conciencia no es como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago

entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia (Unamuno, 1999, 124).

Por tal motivo, el hombre de carne y hueso se encuentra en una circunstancia peculiar, dividido entre la dicotomía del anhelo de vivir por siempre, y el problema de su limitación esencial unido a la muerte que convierte al individuo en un ser angustiado, es decir un ser que percibe en lo más íntimo de sí mismo la angustia, de esta manera vemos cómo la angustia, la congoja, surge cuando el hombre se topa con la posibilidad de la muerte, la cual hará desaparecer al hombre, convirtiéndolo en nada.

Nos encontramos con dos extremos confrontados donde el hombre se encuentra con la dramática circunstancia de enfrentarse a la nada, pero que al mismo tiempo no puede concebirse como no existente, pues:

Imposible no es en efecto concebirnos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno, que baste a la conciencia darse cuenta de la absoluta inconciencia, de su propio anonadamiento. Intenta, lector, imaginarte en plena vela cuál sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu conciencia con la representación de la no conciencia, y lo verás. Causa congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo (Unamuno, 1999, pág. 127).

Unamuno no admite la nada que le asecha, pues tiene un constante deseo de no morir, de pervivir, como lo destaca Julián Marías, (1987) en su obra *Miguel de Unamuno*, Unamuno se aferra a la esperanza movido por el temor de la nada, pero dicha esperanza o deseo no siempre llega a materializarse, es decir no siempre se convierte en realidad, y en este punto surge el sentimiento trágico de la vida, como una experiencia existencial que sienten los hombres de carne y hueso. Pues surge una relación de causalidad, en la cual la nada amenaza a

hombre produciendo la aparición de la angustia, o como el mejor la llama, la congoja. Y en dicha experiencia existencial podemos encontrar la profunda realidad de la vida.

Por tanto, el hombre acontece en un sentimiento trágico de su propia vida por la causa especialmente trágica, que surge a partir de la nada, y es la angustia la que sostiene vivo el deseo de inmortalidad en el hombre. En consecuencia, el hombre, según Unamuno, experimenta el dolor y el sufrimiento para llegar a alcanzar situaciones de conciencia que lo conduzca a darle sentido a su existencia, tras el miedo de la llegada de la muerte.

La angustia de la muerte, como preocupación personal de don Miguel, y como motivo de su mundo, resulta sobradamente llamativa y hartamente comentada, para que sea preciso volver sobre ella [...] pero la muerte no es sólo un horizonte último de la vida humana, sino una realidad que la penetra cotidianamente en el enigma de la temporalidad (París, 1989, pág. 198).

El sentimiento trágico de la vida es la base de todo filosofar, es un afán, un deseo de plenitud, de romper los estrechos límites de la existencia, es decir un ansia de inmortalidad, un instinto de perpetuación. Para Unamuno la muerte es la negación de su supuesto filosófico, o sea, de la existencia. Y desde aquí se llega al tema de Dios el cual para Unamuno es garante de la búsqueda de la inmortalidad del hombre de carne y hueso. En esta medida, tenemos que destacar una realidad que se le impone al hombre a pesar de su anhelo de perdurar, y es su limitación esencial, su finitud y su contingencia, es decir su precariedad. El hombre al ser consciente de sí mismo, percibe su propia limitación esencial, y a partir de concebir dicha limitación es cuando adquiere su propio valor como individuo. Y alcanzamos la propia conciencia a través del dolor:

El dolor es el camino de la conciencia. Y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta dónde soy, es saber dónde acabo de ser, y desde dónde no soy (Unamuno 1999, pág.173).

Luego, el tema de Dios en Unamuno tiene una perspectiva pragmática, pues en él, Dios es la exigencia de la búsqueda de una inmortalidad, es la última salida al problema de la muerte; es Dios, según Unamuno el garante de una inmortalidad del hombre de carne y hueso. Para Unamuno es primordial que el hombre de carne y hueso se cuestione frente a la realidad de Dios pues su existencia, según él, parte desde la finalidad del para qué de su existencia; Unamuno no entiende a Dios como una realidad metafísica, sino que lo ve desde sí mismo concretizándolo en una realidad.

Ahora bien, la existencia de Dios desde una perspectiva de hambre de inmortalidad, será la garantía del existir del hombre concreto, por tanto: “decir que Dios existe, sin decir que es Dios y como es, equivale a no decir nada” (Unamuno, 1999, pág. 183). Así en esta medida, Dios es conciencia del universo, y creer en él como conciencia de ese universo, es creer que exista para el hombre y que podemos descubrir ese Dios no por medio de la razón, sino a través del sentimiento.

Conviéndonos, en efecto, comenzar por el sentimiento de divinidad, antes de mayuscular el concepto de esta cualidad, y articulándola, convertirla en la Divinidad, esto es, en Dios. Porque el hombre ha ido a Dios por lo divino más bien que ha deducido lo divino de Dios (Unamuno, 1999, pág. 181).

El Dios que Unamuno ansía y piensa, el único que le parece comprensible, como un Dios auténtico es el Dios del Cristianismo; nuestro pensador, no considera la idea de un Dios que no sea personal e inmortalizador, ya que el hombre siempre debe permanecer en una estrecha relación con Dios, y es en esta relación que surge el amor, entre el hombre y su Dios.

“Dios no existe, sino que más bien sobre-existe y está sustentando nuestra existencia, existiéndonos” (Unamuno, 1999, pág., 182). De este modo, Unamuno le niega a Dios la existencia pero no por que no exista y no sea real, sino porque no le pertenece en el sentido en que al hombre, pues está sobre esa existencia. Y dice que Dios no existe, pues más que existir hace existir, en él está la el crear. El punto de partida para llegar a Dios, es el hombre mismo, y este Dios sustenta la existencia del hombre.

Y de este Dios surgido así en la conciencia humana a partir del sentimiento de divinidad, apoderóse luego la razón, esto es, la filosofía, y tendió a definirlo, a convertirlo en idea. Porque definir algo es idealizarlo, para lo cual hay que prescindir de su elemento inconmensurable o irracional, de su fondo vital (Unamuno, 1999, pág. 183).

Por consiguiente, Unamuno entiende un Dios que es personal, como ya anteriormente lo hemos dicho, que es vital; se aleja del dios idea de los filósofos, pues según él, es inmóvil, necesita de la conciencia del hombre para poder existir. En este sentido, se desprende de toda conceptualización que se tenga de Dios, ya que Éste no puede ser una mera teoría de su existencia, sino más bien una acción de su existir, es sentirlo en la existencia concreta del hombre. “Y es que Dios no puede ser Dios porque piensa, sino porque obra, porque crea; no es un Dios contemplativo, sino activo” (Unamuno, 1999, pág. 186).

Vemos entonces la limitación del ser humano va unida a un hecho de vital importancia, puesto que es un ser finito, su existencia está predeterminada a desaparecer tarde o temprano. Por tanto, Unamuno se subleva escrutando alguna posible ruta de superación, que de sentido a la vida, pero como ya sabemos es una vida en constante disputa contra la muerte, producto de la propia contingencia humana.

El mismo don Miguel nos indica la situación del anhelo de inmortalidad, de perpetuación dentro de los supuestos más amplios de una ontología, como mero aspecto del hambre de trascendencia que constituye el ser. El *conatus* de Spinoza no es solo explotado personalmente, sino englobado, desbordado en una consideración más amplia (París, 1968, pág. 92).

Es partir de esto, que además de la contingencia del individuo concreto, todos los demás seres también lo son, pero este hecho no le sirve al ser humano, puesto que su mortalidad es intrínseca y perteneciente a la vida específica de los individuos concretos. Por lo tanto, nos encontramos fatalmente sentenciados a morir por culpa de nuestra finitud y temporalidad, pero a partir de este hecho, Unamuno nos destaca cómo estamos constantemente buscando la infinitud.

A partir de la plena toma de conciencia de nuestra precariedad es cuando el hombre se compadece de sí mismo y de sus semejantes, lo cual da paso al amor:

Según te adentras en ti mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres todo lo que eres, que no eres lo que quisieras ser, que no eres, en fin, más que nonada. Y al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar a tu propia infinitud, ni menos a tu propia eternidad, te compadeces de todo corazón de ti propio y te enciendes en doloroso amor a ti mismo, matando lo que se llama amor propio y no es sino una especie de delectación sensual de ti mismo, algo como un gozarse a sí misma la carne de tu alma (Unamuno 1999, pág.174).

El sentimiento siempre ha estado presente en Unamuno, es su motor que lo lleva a indagarse y a cuestionarse por la misma vida y por los acontecimientos que esta experimenta; surge en él un deseo de persistir a la existencia en su propia vida, es decir un anhelo innato de inmortalidad, corporizándose como su mayor obsesión existencial.

La vida, ya vimos le es esencial un horizonte, y su sentido todo, su posibilidad misma dependen de que ese horizonte sea una frontera con el mas allá o con la nada. Y con la fe religiosa de Unamuno es vacilante e insuficiente y por otra parte el hombre es racional y se esfuerza por saber incluso lo que cree, tiene que intentar pensar en ese tema de la muerte y en la esperanza de la perduración, para aquietarse y poder vivir esta vida, con la confianza en la otra (Marías, 1942, 184).

En esta medida, ese sentimiento trágico de la vida no se trata de la cuestión de eternidad cristiana, sino de la realidad de la muerte, del hombre de carne y hueso; y esta a su vez se convierte en hambre o en una fe, en sí mismo, pero no una fe ciega, al igual que la fe del carbonero. Como lo afirma el mismo Unamuno. “para eso está la fe implícita, la fe del carbonero, la de los que, como santa Teresa (*Vida*, cap. XXV, 2), no quieren aprovecharse de teologías (Unamuno, 1999, pág. 73).

Por tal motivo, esta angustia de sobrevivir, está vinculada a la ansiedad que es causada por la realidad inmanente de nuestra muerte, como conciencia individual del deseo de inmortalidad, una eternidad que es existencial y humana y fuera de estos dos conceptos no se podría concebir, pues está contenida en lo real y concreto.

Ni siquiera en la vida de los demás, aparece con plena conciencia, el horizonte mortal del hombre; se vive contando con la muerte y desatendiéndose a la vez de ella, o valiéndose de ella como un pretexto para no vivir plenamente la

vida, para negarla y esquivarla; que puede significar sobrevivir a la muerte (Marías, 1942, pág. 1859).

En este sentido, si se trata de encontrar una definición del concepto de inmortalidad en Unamuno, se puede encontrar rasgos no muy precisos, ya que el español comparte el concepto que maneja Spinoza, a propósito de la inmortalidad, afirmando que es la exigencia en el hombre concreto que estimula a todo ser guardar su ser, en esta medida la esencia del hambre de inmortalidad, es la lucha por perpetuarse uno mismo. Ahora, Unamuno afirma que el hambre de inmortalidad, es el anhelo universal nunca limitador a lo individual. Por eso es fundamental, entender que Unamuno diferencia dos clases de inmortalidad, según el unamunista Julián Marías, estas son:

Hay dos formas de perduración, una consiste en no morir, por lo menos en no morir del todo, en ser del todo o parcialmente inmortal. La otra, que supone la muerte previa, la resurrección, en el primero de los dos casos, la perduración tiene un carácter sólo espiritual, pues el cuerpo muere, y se trata de la inmortalidad del alma, no del hombre en su integralidad; y en el segundo, que supone la anterior inmortalidad de la persona, se restablece la vida en el hombre completo (Marías, 19942, pág. 187).

En este punto, aparece una imposibilidad que conduce a Miguel de Unamuno, entender la inmortalidad desde un punto de vista humano, a poner hincapié en la supervivencia del hombre de carne y hueso, como individuo o sujeto concreto; explorando toda forma posible de persistir en la vida, el cual atañe a la primera distinción de inmortalidad de la cual habla Marías. Y en una segunda medida, el hombre está posibilitado a permanecer en el deseo de ser inmortal a partir de la garantía de saber que su Dios le devolverá de nuevo su existencia en una perspectiva de una fe cristiana.

Es así, que Unamuno, a partir de su sentimiento trágico, no se identifica con doctrinas filosóficas acerca del hambre de inmortalidad, establecida por distintos pensadores en la historia de la filosofía; sin embargo, se fundamenta desde los pensamientos filosóficos y existencialistas de Kierkegaard (*El concepto de la angustia, 1844*) y Pascal (*Discurso acerca de las pasiones del amor, 1652 y 1653*), quienes no consideran el alma como una entidad abstracta, sino esencialmente personal, siendo capaz de tener experiencias reales; en este caso Unamuno identifica el alma como la conciencia individual.

El filósofo, filosofa, para algo más que para filosofar, y como el filósofo antes de ser filósofo es hombre, necesita vivir para filosofar, y de hecho filosofa para vivir. Y suele filosofar, o para resignarse a la vida, o para buscarle alguna finalidad, o para divertirse y olvidar penas, o por deporte y juego (Unamuno, 1999, pág.97).

Dentro de este marco, Unamuno rechaza el concepto de inmortalidad tomista en favor de la razón y la fe; las cuales viven una lucha permanente. De esta manera, don Miguel vivencia un sentimiento trágico, que surge en la lucha y contradicción de la fe y la razón.

Seguidamente, vivir es experimentar la angustia de una llegada inmanente de la misma muerte, y en el lapso entre la angustia y la muerte, aparece el sentimiento trágico de la vida, el deseo de no morir, de perpetuarse en la misma vida. Así afirma, Paulino Garagorri, en su libro, Unamuno y Ortega.

Para Unamuno vivir, en radical sentido es sinónimo del ansia de no morir, el hambre de inmortalidad personal, el connato con que tendemos a persistir indefinidamente en nuestro ser propio. Y afirma a la vez, que es eso la base efectiva de todo conocer, y el punto de partida de toda filosofía humana, fraguada por un hombre, para hombres (Garagorri, 1972, pág. 20).

De esta manera, el hombre de carne y hueso vive una búsqueda agónica, siendo consciente de saberse que no está vencido por la realidad de la aniquilación, es decir de la muerte, pues si hay una posibilidad de perpetuarse en la vida, es asumiendo la misma muerte; siendo una prolongación de la lucha constante del hombre, ya que sin esta angustia agónica en el hombre de carne y hueso, la idea de la inmortalidad sería incomprensible en el mismo hombre.

Por tanto, se debe tener en cuenta que Unamuno le da suprema importancia al fenómeno agonizante de la vida en el hombre; por eso él mismo afirma:

Una vida sin muerte en ella, sería nada más una perpetua muerte, un descanso de piedra. Aquellos que no mueren a cada instante, que no atraviesan su resurrección en ese mismo instante, no viven y aquellos que no dudan no viven (Unamuno, 1999, pág. 134).

Así mismo, Unamuno vuelve a considerar la concepción spinoziana, afirmando que: “la esencia de cada hombre es el esfuerzo que pone a seguir siendo hombre, en no morir.” (Spinoza, 1958, pág. 15). En continuar siendo hombre de carne y hueso y no aquel hombre abstracto, no una idea, sino una realidad concreta; pues nuestro deseo de sobrevivir como realmente somos, con nuestra corporeidad, familia y experiencias vividas, ya que la verdadera vida es la concreta y real, aquella que podemos identificar; aquí se puede fundamentar en la exclamación unamuniana: “Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material”. (Unamuno, 1999, pág. 164). Y más adelante vuelve a exclamar:

No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo. Quiero vivir siempre y vivir yo... no, no es anegarme en el gran todo, en la materia o en las fuerzas infinitas y eternas o en Dios lo que anhelo; no es ser poseído por Dios... sino hacerme el yo que ahora os digo esto (Unamuno, 1999, pág. 166).

Por otra parte, en Unamuno, el cuestionamiento del hambre de inmortalidad que surge de un sentimiento trágico, nunca se resuelve, pues si se hace, a lo mejor su respuesta terminaría en algo peor que la misma muerte, y es aquí donde aparece la preocupación existencial en el hombre de carne y hueso.

Y la más fuerte base de incertidumbre, lo que más hace vacilar nuestro deseo vital, lo que más eficacia da a la obra disolvente de la razón, es el ponernos a considerar lo que puede ser una vida del alma después de la muerte.

En conclusión, de este capítulo, donde intentamos establecer lo que Unamuno entiende por sentimiento trágico de la vida, donde considera lo que puede ser la vida, es la lucha constante de buscarle dar un sentido o un fin, que justifique su existencia, y mientras esto se encuentra, el hombre vive incertidumbres, luchas, en una conciencia individual, que le hace ser consciente de sí mismo, de saberse ser existente. Ahora el hombre de carne y hueso se encuentra en el fondo de un abismo, experimentando la desesperación mediante una preocupación existencial.

Así, frente a nuestra existencia individual se levantan dos sistemas imaginativos inversos, centrados en la plenitud y la nada, desde opuestos confines del horizonte se proyectan sobre nuestro ser, y al iluminarlo, arrancan en él su conciencia de existente. La conciencia se carga de peso ontológico, de gravedad metafísica al recortarse en finitud entre la nada y lo absoluto (París, 1989, pág. 202).

Este hombre de carne y hueso se mueve entre dos polos opuestos y su existencia se resume entre este combate, el deseo de plenitud y la realidad de la nada. En este sentido, se encuentra en un discernimiento total, de querer ser siempre, de existir y esta lucha constante de no querer morir es lo que acongoja su existencia. Hay deseos internos en el hombre de ser siempre y el sentimiento es el que lo mueve a batallar con la existencia.

Aparece entonces un dualismo unamuniano entre la nada y el ser, que Unamuno lo va a resolver en su hambre de inmortalidad. Es la huída de la nada la que nos lleva precisamente a buscar la plenitud del ser, según como lo afirma Carlos París.

De este modo, desde una perspectiva unamuniana existe una gran paradoja entre la realidad de la existencia del hombre y la finitud que lo impulsa a un deseo de inmortalidad, a esta situación que vive el hombre concreto, Unamuno la va identificar como la lucha constante, entre lo que se es y lo que se quiere ser, y de todo esto surgirá el sentimiento trágico de la vida.

Capítulo III

LAS PREOCUPACIONES EXISTENCIALES DEL HOMBRE DE CARNE Y HUESO.

El filósofo filosofa para algo más que para filosofar. *Primum vivere, deinde philosophari*, dice el antiguo adagio latino, y como el filósofo, antes que filósofo es hombre, necesita vivir para poder filosofar, y de hecho filosofa para vivir. Y suele filosofar, o para resignarse a la vida, o para buscarle alguna finalidad, o para divertirse y olvidar penas, o por deporte y juego (Unamuno, 1999, pág. 97).

Miguel de Unamuno, durante toda su historia, se preocupó de la realidad de su existencia y de las circunstancias en las que se encontraba. Fue un hombre que indagó sobre sí mismo a partir de los acontecimientos sociales en los que estaba viviendo; hechos que enmarcan en el hombre inquietudes existenciales frente a lo que somos y a lo que esperamos, según sus propias palabras:

¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde voy, de dónde viene y adónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo y entonces la desesperación irremediable, o b) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una cosa ni otra cosa, y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquella, una resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha. (Unamuno, 1999, pág. 99).

En esta perspectiva es necesario reflexionar, ya teniendo claro la concepción del hombre de carne y hueso y su sentimiento trágico, a cerca de

las preocupaciones existenciales que angustian y motivan al hombre concreto, a encontrarle un sentido a su vida, la cual se encuentra enmarcada desde lo trágico. En esta medida, reflexionaremos a partir de las tres preocupaciones existenciales que acompañan al hombre en su conflicto de explicarse desde el ser y la nada, cuál es el fin último de su existencia. Estas son:

- El deseo de identidad, ante la cosificación del hombre.
- El deseo de inmortalidad, ante la realidad de la muerte la vida se convierte en una reflexión de sí misma.
- El deseo de encontrar un sentido a la vida, ante el conflicto interno en el que se encuentra el hombre de carne y hueso.

Estos tres deseos antropológicos que acompañan al hombre durante toda su existencia, se convierten en preocupaciones existenciales del hombre de carne y hueso, y de los cuales se reflexionará en este capítulo, como conclusión a lo ya visto en los capítulos anteriores que fueron la materia prima para llegar a esta meditación, a partir de los presupuestos unamunianos.

En este sentido, se llaman deseos antropológicos porque surgen del ansia de inmortalidad del hombre, una concepción nueva que está sostenida sobre el pensamiento unamuniano, el cual da razones y argumentos para identificar estas tres preocupaciones del hombre de carne y hueso, como deseos antropológicos, que lo encaminan a una nueva construcción de su propia existencia, por medio de su realidad individual buscando ser cada vez mas humano.

Cada hombre es, en efecto, único e insustituible; otro yo no puede darse; cada uno de nosotros -nuestra alma, no nuestra vida- vale por el Universo todo. Y digo el espíritu y no la vida, porque el valor, ridículamente excesivo, que conceden a la vida humana los que no creyendo en realidad en el espíritu, es decir, en su inmortalidad personal, hablan contra la guerra y contra la pena de muerte, verbigracia, es un valor que se lo conceden precisamente por no creer de veras en el espíritu, a cuyo servicio está la vida (Unamuno, 1999, pág. 250).

Es por tanto, que la concepción que Unamuno hace del hombre, al afirmar que es un “hombre de carne y hueso”, le da un sentido vital a nuestra reflexión pues al referirse que es de carne y hueso, lo que quiere afirmar es que el hombre debe ser, como fue dicho en el primer capítulo, un hombre consciente de su existencia, y esta consciencia lo aleja de toda cosificación de sí mismo, de concebirse desde la instrumentalidad y utilidad.

Con todo lo anterior expuesto, iniciemos ahora la reflexión que nos atañe de las preocupaciones del hombre de carne y hueso; como primera cuestión aparece la preocupación del hombre por encontrar en su existencia su verdadera identidad y su realidad, pues es el primer presupuesto para encaminarse a su propia realización como persona.

El mismo Unamuno, en todo su pensamiento, da herramientas muy claras para reflexionar sobre la “cosificación del hombre” a partir de toda su obra filosófica y literaria, pues hace que el hombre concreto, el lector, se encarne y le de vida a sus personajes literarios y filosóficos. No es gratuita la preocupación que le embargó a nuestro pensador, es decir, la necesidad por diferenciar la concepción que desde la filosofía clásica se tenía del hombre, pues era visto desde lo abstracto y desde la misma masa social, como lo afirmábamos en el primer capítulo de este trabajo monográfico, él se cuestionó sobre este “hombre”, y aun en los principios de este nuevo siglo XXI, sigue

esta inquietud vibrante en “la carne y en los huesos” de cada hombre concreto.

La imagen que hemos aludido del hombre, del mundo y la sociedad como lucha, despiadada aunque creadora, la conquista de la individualidad y el afán de sobrevivencia, como esfuerzos heroicos pero inciertos en sus resultados que pueden desembocar en la construcción del hombre desde la sociedad (París, 1989, pág. 153).

Ahora bien, el hombre se cuestiona por sí mismo y por su entorno y esta inquietud existencial será el eje central de toda su existencia, su preocupación vital, que lo hará encontrarse con su historia y proyectarse a un horizonte en donde existan hombres de carne y hueso, llenos de claridad sobre su propio existir. Por eso es importante identificar al hombre, como una esencia que busca a partir de su ser y unidad realizarse como sujeto de la historia y no como un elemento más en la humanidad.

Así pues, el hombre entra en una constante preocupación por encontrar su propia identidad, a través de la reflexión que se hace así mismo, que lo diferencie del resto de la humanidad, pues lo más esencial y fundamental es descubrir su propia esencia, que lo hace un individuo no meramente de razón, como lo enseñó la modernidad, recordemos el primer capítulo en donde hicimos referencia a este tema a partir del pensamiento de René Descartes, sino un individuo también con afectos y sentimientos.

¿De dónde vengo yo y de dónde viene el mundo en que vivo y del cual vivo?
¿Adónde voy y adónde va cuanto me rodea? ¿Qué significa esto? Tales son las preguntas del hombre, así que se liberta de la embrutecedora necesidad de tener que sustentarse materialmente. Y si miramos bien, veremos que debajo de esas preguntas no hay tanto el deseo de conocer un *por qué* como el de conocer el *para qué*; no de la causa, sino de la finalidad (Unamuno, 1999, pág. 99).

Frente a esta preocupación del hombre, por encontrar su identidad como individuo, aparece en este sentido la pregunta que él mismo se hace: ¿Cuál es mi lugar en el mundo? Siendo esta la pregunta que le encaminará a encontrar su identidad, no como una cosa más que existe en el mundo, sino como un ser único que es consciente de su existencia y de su identidad.

En esta medida, es el mismo hombre el que lucha, contra cualquier riesgo de despersonalización o deshumanización de su propia existencia, él mismo siente la necesidad de ser hombre concreto, de identificarse como persona; y esto lo llevará a ser sí mismo en medio de un mundo, como el de hoy, que cada día es un mundo más de masas, impersonal, económico, tecnificado. Este es el verdadero riesgo que hoy acontece al hombre, perderse en la aglomeración de su misma sociedad.

El azote a nuestro insobornable anhelo por encontrar un sentido en el universo. Representaría la doctrina darwiniana de la evolución, la confirmación de un universo sin sentido, sin nuestro sentido, en que la casualidad mecánica se opone a la ingenuidad del finalismo y la explicación por una mente creadora. En un orden más amplio se integraría esta toma de contacto con el evolucionismo de la visión unamuniana de la naturaleza como negación del hombre (París, 1989, pág. 146).

Hoy nos enfrentamos ante un gran desafío antropológico de rescatar la humanidad del hombre, su verdadera esencia; pues estamos ante los grandes cambios que la posmodernidad nos ha traído, el mundo de la cibernética, de la nanotecnología, un mundo que por su realidad exige al hombre de carne y hueso esforzarse por permanecer en su esencia, como lo diría Spinoza, en palabras de Unamuno cuando se reflexionaba en el primer capítulo, sobre la esencia del hombre concreto.

Hoy la sociedad trabaja por crear en el hombre una mente cibernética, buscando automatizarlo, regularlo y encasillarlo en una vida artificial, y a lo cual desembocaría la pérdida de su propia consciencia individual, de su identidad como un ser natural consciente de sí mismo; y como consecuencia de esta artificialidad en la vida del hombre, ya no existiría el hombre concreto, el de carne y hueso que es consciente de su existencia; sino que habría una humanidad conectada a lo artificial que responde a las órdenes de la tecnología. En cuestión, esta es una de las mayores preocupaciones del hombre de hoy, ser cosificado y entendido desde lo virtual. Entonces el hombre concreto pasaría por la mutación de su esencia, para ser una máquina que recibe instrucciones, aniquilando su capacidad natural de sentir y razonar por sí mismo.

Esta masificación del hombre en la sociedad, hace que pierda su identidad y se oculte entre las grandes masas polarizadas entre lo artificial y tecnológico. El hombre de hoy debe ser más encarnado e inmanente en su realidad concreta; destruyendo el debilitamiento que la posmodernidad ha traído, en sus propuestas de un nuevo humanismo visto desde lo tecnológico. Ahora bien: “No nos deben llevar a una imagen desenfocada de nuestro pensador. Concebía Miguel de Unamuno siempre al hombre cual realidad abierta, como sociedad íntima y exterior”. (París, 1989, pág. 149).

Entonces, como contrapunto del hombre entendido desde lo virtual, aparece una propuesta unamuniana, y es vivir en nuestra propia realidad, sin perder nuestra esencia, dinamizándola desde una apertura a lo virtual y tecnológico, no como realidades ontológicas del hombre, sino como formas en las que el hombre de carne y hueso se relaciona con su exterior. En palabras de Unamuno, a propósito de la realidad y esencia del hombre:

[...] Y luego hemos trasladado ese concepto a las cosas de fuera. Por sentirme sustancia, es decir, permanente en medio de mis cambios, es por lo que atribuyo sustancialmente a la gente que fuera de mí, en medio de sus cambios, permanece. Del mismo modo que el concepto de fuerza, en cuanto distinto del movimiento, nace de mi sensación de esfuerzo personal al poner en movimiento algo (Unamuno, 1999, pág. 133).

Es por tanto que la preocupación del hombre, de saber ¿Quién es? ¿De dónde viene? Y ¿cuál debería ser su proyección en el universo? Estará constantemente en su historia existencial, y esta manera de cuestionarse, lo hará protagonista de su historia personal, sabrá quién es, sin perder su identidad, sensible, afectiva y sentimental. Lo hará un verdadero hombre de carne y hueso, que sabe que vive, siente y piensa.

Ahora bien, después de haber reflexionado un poco sobre la primera preocupación del presente capítulo, es necesario pasar a nuestra segunda preocupación existencial de nuestro hombre de carne y hueso. Pues ya el hombre sabe quién es, siente un deseo enorme de ser más de lo que es, un deseo de eternizarse en su existencia, aunque no haya certeza de una inmortalidad verdadera, esta siempre impulsará al hombre a salir tras ella, como lo diría Unamuno:

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliento y consuelo de vida y verdadera finalidad a esta. Más he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza (Unamuno, 1999, pág. 132).

Esta preocupación del hombre de carne y hueso por su inmortalidad, ha acompañado la reflexión antropológica-existencialista unamuniana desde toda su vida, a cualquier hombre concreto, pues todos desde nuestro ser deseamos ser inmortales, es un ansia de permanecer siempre en nuestra vida, de alejarnos de la realidad de la muerte, a pesar de saber que somos finitos que nos vamos a morir, deseamos ser siempre.

En esta medida, se vincula el escepticismo y la incertidumbre, que son fruto de la razón, la cual le dice al hombre que es un ser mortal, destruyendo la esperanza que aguarda el hombre, a partir del sentimiento que le genera el ansia de ser inmortal, por ser en algún momento un ser para siempre, ya no para la muerte sino para la vida, de permanecer siempre en ella, y mientras esto se da, el hombre se debate en esta lucha inacabable, entre vida y razón.

Por tanto, ante la realidad de la muerte aparece en el hombre concreto la exigencia de vivir siempre como seres infinitos, y esta exigencia solamente la vive el hombre autentico, porque: "Solo es hombre hecho y derecho, el hombre que quiere ser más que hombre" (Unamuno, 1999, pág. 39). Es decir el hombre que ansía estar ante sí mismo, con el esfuerzo de ser más que él sin perder su realidad y se proyecta hacia el futuro, y no con esto queda satisfecho sino que desea sobrevivir a su propia vida, porque: "Querer ser otro es querer dejar ser uno el que es" (Unamuno, 1999, pág. 87).

Así que, el hombre concreto debe ocuparse y preocuparse por su existencia, cuestionándola, proyectándola y asombrarse desde ella misma. Y esta preocupación, afirmaría Unamuno, no puede ser solamente en el sentido

racional, sino que tiene que ser afectiva, “No basta pensar, hay que sentir nuestro destino” (Unamuno, 1999, pág. 16).

En la perspectiva del deseo del hombre por ser inmortal, se reflexiona acerca de la lucha constante en la que él se encuentra y esto genera una angustia que lo acongoja de saber que la realidad de la muerte está presente en toda su existencia, realidad a la cual quiere escapar; se abre entonces una meditación sobre la muerte, no solamente el hombre de hoy sino el hombre de siempre, el hombre de todos los tiempos no se quiere morir; pues según Unamuno, “no podemos concebirnos como no existiendo” (Unamuno, 1999, pág. 103).

Es así que el hombre de hoy, el de carne y hueso, sufre un deseo inacabable de hambre de inmortalidad, y ya veíamos en el segundo capítulo de este trabajo lo que es el ansía de inmortalidad, un deseo de trascendencia con intensidad que hace que el hombre se esfuerce por ser cada día mejor. Porque: “El que existe le interesa infinitamente existir” (Unamuno, 1999, pág. 151).

La realidad de la persona en cuanto tal, revelada en la congoja como anticipación de la muerte, nos hace patente su constitutiva mortalidad, su destino mortal, su exigencia de perduración y, por último, nos remite a Dios, como sustentador radical de la persona y fiador de la inmortalidad personal (Marías, 1971, Pág. 199).

En efecto, el hombre concreto vive una constante preocupación existencial por encontrarle una respuesta a sus inquietudes sobre su propia muerte, y para esto adquiere una conciencia, y en esta necesidad intensa de sobrevivir

más allá de la muerte se ve obligado a crear a Dios por fuerza de fe, único ser capaz de garantizar su inmortalidad. Por tanto, el hombre se encuentra en una lucha constante frente a la sombra de la nada, para no dejar de ser él mismo, el de carne y hueso.

Y paradójicamente, es la realidad de la muerte, la que hace que el hombre se realice como un ser libre y esperanzado en una inmortalidad que le brindará un ser superior, el Dios en el que está puesta su esperanza. No obstante, la verdadera autenticidad del hombre concreto se alcanza desafiando a la misma muerte y obteniendo así la satisfacción de realización personal, pues según Unamuno, “Cuando se piensa en la muerte más hombre se es” (Unamuno, 1999, pág. 104). Por tanto, en la preocupación del hombre de hoy de no quererse morir de ser un ser inmortal, aparece la lucha por vencer la muerte, lucha que al mismo tiempo le forma como persona brindándole vida.

El hombre aspira a ser uno en el tiempo y en el espacio, y aspira a serlo para siempre. Y esta es la tragedia de la condición humana, que el hombre es un ser condenado a la muerte, constitutivamente escindido y en pugna consigo mismo, incapaz de descifrar el secreto de su destino (Marías, 1971, pág. 198).

Este deseo del hombre de carne y hueso de eternizarse en su propia vida, lo hace cada vez más un ser superior necesitado de trascendencia, pero es esta necesidad la que lo hace vulnerable a la realidad de la muerte angustiándolo y desesperándolo, pues no puede anular esta inmanente presencia de la nada, y por eso en muchos momentos sufre, pues no sabe si su existencia acaba con la muerte de su cuerpo o existe la posibilidad de

existir en su ser, una dualidad del cuerpo y alma, que solo se resuelve con la inmortalidad de las dos. “La cuestión humana es la cuestión de saber qué habrá de ser mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después de que cada uno de nosotros se muera” (Unamuno, 1999, pág. 194).

Es el deseo de inmortalidad el elemento primordial para poder vivir, ya que la incertidumbre que acompaña al hombre lo hace reflexionar sobre su propia existencia, y el único consuelo que puede aparecer en el hombre de carne y hueso, es la capacidad de trascender desde sí mismo, a partir de su experiencia de vida y de sus propias meditaciones que se hace acerca de su final y del deseo de sobrepasar y vencer ese final, vencer la muerte. Este anhelo, de perdurar en el tiempo y de no morir del todo, puede parecer irracional, pero es este deseo que hace que el hombre encuentre su verdadera realización como hombre de carne y hueso.

Pero el hombre es solo ser en camino. Nos lo revela subjetivamente nuestro constitutivo estado de anhelo, nuestra radical insatisfacción, nuestro ser hambriento, la esperanza insobornable en medio de la desesperación (París, 1987, pág. 167).

Es esta preocupación por no morirnos la que nos hace seres hambrientos de más vida, hombres insatisfechos; de esta manera el hombre es un ser preocupado por su existencia, el cual se aferra a los presupuestos que surgen de esta necesidad, y ellos son: el Dios que garantiza su existencia, aquel Dios del que se reflexiona en los capítulos anteriores, y su misma consciencia. Dos presupuestos que encaminan al hombre en un conflicto interno de querer unir vida y muerte, y que de ella resulte la gran anhelada inmortalidad.

La verdadera condición del hombre de carne y hueso consiste, pues, en no poder dejar de anhelar la inmortalidad, y no dejar de aceptar, al mismo tiempo, que la razón dice lo contrario. Esta es la gran lucha en la que el hombre se debate, de querer vivir siempre para encontrar un verdadero sentido a toda su existencia.

En esta perspectiva, damos paso entonces a nuestra tercera preocupación existencial, el deseo de encontrarle un sentido a la vida, ante el conflicto interno en el que se encuentra el hombre de carne y hueso de vincular vida y razón. El hombre al saber cuál es su identidad en el mundo, desea realizarse como persona, de encontrar una realización que le de satisfacción a su vida.

Por eso, de esta contradicción entre la razón y la vida, surge para el hombre un sentimiento trágico de la vida, y es a lo largo de la existencia donde el hombre cumple sus posibilidades de poder ser un verdadero hombre realizado. Según Unamuno, el hombre no puede estar tranquilo frente a su propia existencia, siempre debe estar cuestionándola y en esta medida aclarar el interrogante de la inmortalidad.

Es así, que algunas inquietudes sobre la vida se convierten en la preocupación existencial del hombre, tales como: ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Cuál es la verdadera razón de ser? ¿Cuál es el propósito de la existencia humana? ¿Para qué se vive? ¿Cuál es la función en este mundo? Estas inquietudes otorgan al hombre una fuerza que lo motiva a una búsqueda de sentido hacia su propia existencia, a indagarse y apasionarse por su vida e historia, a no escapar ante estas preguntas que a su vez se convierte en preocupaciones del hombre por darle un sentido a su vida. Hoy se vive, sin sentir la misma vida, sin pensarla.

Por otra parte, esta patentización de ser significa, la apertura de una nueva vida, y la conquista de la plenitud en nuestra condición humana, aquí se dibuja, pues, una dialéctica elevadora del mero existir humano trivial, a la autenticación de nuestra humanidad (París, 1989, pág. 175).

Por consiguiente, el hombre concreto durante su existencia se traza metas, proyectos y sueños para cumplir, y es en esa medida en que va a encontrarle sentido a su existencia. Podemos ver que la necesidad de encorarlo un sentido a la vida siempre ha acompañado a la humanidad, y que las tantas respuestas que desde la religión, la ciencia, la medicina, entre otras, que han brindado, ya no son tan convincentes, pues no dan respuesta a la realidad concreta del hombre, sino que abarcan desde una reflexión en general a la humanidad.

La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma (Unamuno, 1999, pág. 80).

La sensibilidad en el hombre, es una realidad que le genera un significado esencial y absoluto, ahora el hombre se cuestiona sobre significados existenciales, aquellos que hacen que para cada hombre de carne y hueso resulte significativo. Ahora el hombre piensa y siente su vida desde la individualidad, y la encamina desde la perspectiva de alcanzar una satisfacción que le de plenitud.

El hombre por su naturaleza vive los acontecimientos, pues para vivir tiene que actuar, ya que no es un ser inmóvil, y para actuar tiene que tomar decisiones que lo encaminen a su propia realización personal. Esta preocupación de saber cuál es el sentido del existir del hombre permanecerá siempre en el deseo de vivir para siempre.

Por tanto, la vida no tiene un sentido único, objetivo y absoluto, porque el sentido es creado por el individuo, por el hombre de carne y hueso que se hace responsable de su vida y la encamina hacia el horizonte que mejor le parezca conveniente, en esta medida el hombre puede encontrar su plenitud porque no encasilla ni conceptualiza su existencia en determinismos propuestos por sí mismo, pues es el mismo hombre concreto quien va a construir su vida y le va otorgar sentido dotándola de significado y plenitud.

CONCLUSIONES

Miguel de Unamuno y Jugo (1864-1936), es uno de los principales pensadores españoles que forjó su reflexión filosófica a partir de los acontecimientos sociales y personales que vivió en la España del siglo XIX, en la dictadura de Primo de Rivera.

Sus primeros pasos filosóficos coincidieron con la problemática social que acontecía España, la cual lo llevó a tomar conciencia de su finitud, dándole paso a la lucha que se trazó en descubrir las posibilidades de la nada, tras la realidad de la muerte. Ante esta realidad del hombre que sufre, que se acongoja por saber cuál es su destino final, aparece la problemática en un sentido religioso pues el deseo del hombre es vincular su conciencia personal con la realidad de la eternidad y para esto solo puede estar un Dios personal, como el del cristianismo, que garantice su inmortalidad.

Es así, que ante la imposibilidad del hombre de vincularse a la seguridad de vivir siempre, él mismo creará una confianza en un Dios cristológico que le otorgará prolongar su conciencia hasta el infinito, y de esta manera descubrir un sentido humano en el universo.

De tal manera que la preocupación existencial entorno al todo y la nada, supone un elemento primordial para entender la antropología-existencialista de Unamuno, ya que de esta se desencadena sus distintas reflexiones acerca del hombre de carne y hueso, de su inmortalidad y del dios garante de esta misma. Este hombre se encuentra sometido por el carácter Bilógico a los

instintos de supervivencia y perduración; por tanto, la prolongación de la misma existencia humana, estaría en el ámbito íntimo del hombre, al cual llama el sentimiento trágico de la vida.

El hombre de carne y hueso estará encausado a una existencia trágica, dirigida por el conflicto entre los sentimientos y la razón, y en virtud de este conflicto agónico interno que sufre, se hace consciente de su propia existencia, apelando a sus deseos de sobrevivir siempre, pero sin perder de lado su conciencia, que le dice su existencia depende de la muerte. Esta preocupación del hombre por lograr la supervivencia de su conciencia individual, tiene por causa el no poder lograr unir lo que le dice su razón con lo que le indica sus sentimientos; en esta medida, del pensamiento unamuniano se desprende la reflexión que la vida no es aprehensible por la razón, pero si es acogida desde los sentimientos.

En esta perspectiva, sólo podemos entender el mundo desde las circunstancias existenciales que vive el individuo, en nuestro caso el de carne y hueso, porque sólo él se acerca al mundo y reflexiona sobre su vida, a partir de los acontecimientos que vive. En este sentido, la filosofía unamuniana es una reflexión de la vida, frente a los acontecimientos existenciales del hombre concreto, es un intento asistemático de darle un sentido a la vida.

Como conclusión, toda especulación que se haga a partir de presupuestos unamunianos a cerca de la existencia del hombre, termina en un sentimiento que genera una reflexión sobre la misma vida. Y este resultado nunca es una solución al problema entre el conflicto, vida vs razón. De hecho, si rastreamos en toda la biografía y producción filosófica y literaria de Unamuno, no

encontraremos respuestas a este conflicto existencial, pero sí más preguntas, inquietudes y preocupaciones frente a la existencia individual del hombre de carne y hueso.

Por tanto, Unamuno no es pensador que discurre sobre Dios, el ansia de inmortalidad y la muerte sin querer transmitir su propia lucha existencial, considerándolas posibilidades existenciales sobre la existencia. Convierte la búsqueda de Dios y la inmortalidad en una tarea existencial en lugar de una ocupación intelectual. Nuestro pensador español, nos presenta su reflexión antropológica-existencial como un camino a emprender, no como una meta. Su reflexión abre horizontes para que sus lectores emprendan su propio caminar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Unamuno y Jugo, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida, el los hombres y en los pueblos*. (1999), Madrid. Biblioteca nueva. 286.

Descartes René, *Discurso del Método*, (1987), Barcelona. Bruguera, 191.

(Traducción, introducción. y notas) de Vidal Peña. *Ética demostrada según el orden geométrico*. (1998), Madrid. Alianza Editorial. 423.

García-Baró, Miguel, *Sentir y pensar la vida*, (2012), Madrid: editorial Trotta, 221.

París, Carlos. *Unamuno: estructura de su mundo intelectual*, (1989), Barcelona: editorial Anthropos, 399.

Garagorri, Paulino. *Unamuno y Ortega*, (1972), Navarra: Salvat Editores S.A, 138.

Marías, Julián. *Miguel de Unamuno*, (1960), Madrid: editorial Revista de Occidente S.A.